

Tal vez que de la mano me llevaba,
Me tiraba del alma, y á la mesa
Del lado de su madre me sentaba.

Allí, doctor, donde el cuidado cesa,
Y el ginovés discreto cerrar manda,
Que aun una carta recibir le pesa.

Sin ver en pie por una y otra banda
Tanto criado, sin la varia gente
Que aquí y allá con los servicios anda:

Sin ver el maestresala diligente,
Y el altar de la gula, cuyas gradas
Viste el cristal y la dorada fuente;

Sin tantas ceremonias tan cansadas
(Si bien confieso el lustre á la grandeza,
Y el ser las diferencias respetadas),

Nos daba honesta y liberal pobreza
El sustento bastante: que con poco
Se suele contentar naturaleza.

Pero esa felicidad tan pura, tan exenta de sombras y tan adecuada á las aspiraciones del gran poeta, pasó como pasa todo en esta tierra miserable, arrebatando la muerte á la esposa y al hijo, que formaban la doble base de aquel palacio de soñadas venturas. Cuán profundo haya sido el dolor que resintió el alma de Lope con la pérdida de Carlos Félix, se ve bien claro en la admirable elegía que escribió con tal motivo. Ninguna de sus innumerables producciones manifiesta con tanta verdad el terrible conflicto entre la fe y el dolor, entre el desconsuelo y la esperanza, entre la sed de sacrificio y la rebelión de la naturaleza humana; conflicto que acaba por resolverse en la resignación, en el sometimiento

absoluto á un poder incontrastable, infinito,
que se impone y anonada;

Porque donde es inmensa la distancia
Como no hay proporción no hay repugnancia.

Bajo la inmensa pesadumbre que agobia al desdichado padre, se dirige al Rey Eterno, no en súplica de queja, ni en demanda de un milagro, ni siquiera en humilde solicitud del consuelo que tanto necesita; sino para ofrecerle en sacrificio su corazón que es nada menos que el mismo hijo que acaba de perder. Y esto no era convertir en virtud una necesidad irremediable; pues si su alma animaba el cuerpo de Carlos, entre los dos se dividía la muerte; y si en cuanto á la parte material habría tenido más contento de que viviese, en cuanto al alma no cabía consuelo mayor, que el cielo le ganase con lo que él perdía. Asoma aquí la idea deslumbradora que confunde y anonada la razón, de Dios, de la Causa Primera de cuanto existe, sin principio, sin fin, sin límite; que abarca el universo, le sustenta y dirige, extendiendo su acción sobre todos los seres, desde los infinitamente pequeños hasta los infinitamente grandes. Ante ese misterio impenetrable ¿qué puede hacer la víctima de un dolor cuyo origen no se explica, más que inclinarse y adorar á la Suprema Inteligencia que ni se puede engañar ni dejar de poner una simiente de bien en el sufrimiento, que parecería aplicación de una ley injusta y estéril?

Quiera yo lo que vos, pues no es posible
 No ser lo que queréis, que no queriendo
 Solo mi daño á vuestra ofensa junto.
 Justísimo sois vos: es imposible
 Dejar de ser error lo que pretendo,
 Pues es mi nada indivisible punto.
 Si á los cielos pregunto
 Vuestra circunferencia
 Inmensa, incircunscrita,
 Pues que sólo limita
 Con margen de piedad vuestra elemencia;
 Oh guarda de los hombres, yo ¿qué puedo
 Adonde tiembla el serafín de miedo?

Ya en este punto ¿qué puede hacer el hombre más
 que esforzarse en desentrañar la causa de un mal que
 no se ha procurado, y que á los ojos carnales po-
 dría parecer inmerecido? ¿Qué culpa comete el pa-
 dre al amar á su hijo con todas las fuerzas del alma?
 ¿En qué podría ofender la ley suprema ese cariño
 puro, desinteresado, inocente, hasta santo si se quie-
 re, y de que nos da ejemplo el mismo Autor del amor
 y de la vida? Y sin embargo, allí surge la razón su-
 ficiente que justifica el tremendo golpe de la justi-
 cia eterna.

Amábaos yo, Señor, luego que abristes
 Mis ojos á la luz de conoceros,
 Y regalóme el resplandor suave.
 Carlos fué tierra: eclipse padecistes,
 Divino Sol, pues me quitaba el veros
 Opuesto como nube densa y grave!
 Gobernaba la nave
 De mi vida aquel viento
 De vuestro auxilio santo
 Por el mar de mi llanto

Al puerto del eterno salvamento,
 Y cosa indigna, navegando, fuera
 Que rémora tan vil me detuviera.

En efecto, consagrar á la creatura el amor, la ado-
 ración que sólo se deben al Creador, es la idolatría,
 y ese extravío de la razón que la humilla y envile-
 ce, lleva en sí mismo un principio disolvente que
 tarde ó temprano disipa el fantasma, dejando en su
 lugar el dolor y el vacío. Filósofos eminentes, con un
 conocimiento profundo de la naturaleza psíquica del
 hombre, han reconocido que el Supremo Bien, como
 decían los antiguos, esto es, la felicidad humana, só-
 lo se puede alcanzar cuando elevándose sobre el
 mundo sensible, sobre el conjunto de seres contin-
 gentes y perecederos, se reposa en un principio in-
 mutable y eterno, único que puede satisfacer las as-
 piraciones del espíritu fatigado por la sed inextin-
 guible del infinito.

Tristísimo presentimiento había tenido Lope del
 fin prematuro de Carlos Félix, al contemplar su jui-
 cio, su obediencia, cualidades que muy raras veces
 aparecen á la edad de siete años.

Cuando tan santo os ví, cuando tan cuerdo,
 Conoci la vejez que os inclinaba
 A los fríos umbrales de la muerte;
 Luego lloré lo que ahora gano y pierdo,
 Y luego dije: «Aquí la edad acaba,
 Porque nunca comienza de esta suerte.»

Los dulces y amargos recuerdos que al mismo
 tiempo se dividen el alma adolorida del padre y del

poeta, brotan **con** tierna espontaneidad en la siguiente estrofa:

Yo **para** vos los pajarillos nuevos,
 Diversos en el campo y los colores
 Encerraba, gozoso de alegraros.
 Yo plantaba los fértiles renuevos
 De los árboles verdes, yo las flores
 En quien mejor pudiera contemplaros,
 Pues á los aires claros
 Del alba hermosa apenas
 Salistes, Carlos mío,
 Bañado de rocío,
 Cuando marchitas las doradas venas
 El blanco lirio convertido en hielo,
 Cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo.

Así es cómo **al** considerar los males que pesan sobre el hombre **y** que constituyen el aciago patrimonio de la vida, **hay** que ver en la muerte, no el castigo sino la redención; no la deidad implacable que siega en flor el **placer** y la dicha, sino la mano libertadora que **abre** las puertas de la luz á la víctima que impotente **se** agita en la región de la sombra y la dolencia. **Los** que mueren jóvenes son amados de los dioses, decían los antiguos. Lope reconoce esa triste verdad, **confirmada** por la experiencia de todos los siglos **cuando** dice:

¿Qué **me** importara á mí que os viera puesto
 A la sombra de un príncipe en la tierra,
 Pues Dios maldice á quien en ellos fía,
 Ni aun **ser** el mismo príncipe compuesto
 De aquel metal del sol, del mundo guerra,
 Que tantas vidas consumir porfía?
 La breve **tiranía**,

La mortal hermosura,
 La ambición de los hombres
 Con títulos y nombres
 Que la lisonja idolatrar procura,
 Al espirar la vida, ¿en qué se vuelven,
 Si al fin en el principio se resuelven?

Escapar de los horrores de la vida terrenal, y fiar en una existencia futura exenta de penalidades y miserias, es el consuelo único que puede calmar el sufrimiento que produce la irreparable pérdida de los seres que amamos. Esto que pudiera llamarse la moral del dolor, y de cuyo seno brota la conformidad que apaga la blasfemia en los labios y amansa las tempestades de la desesperación, se encuentra dulcemente expresado al decir:

Hijo, pues, de mis ojos, en buen hora
 Vais á vivir con Dios eternamente
 Y á gozar de la patria soberana.
 ¡Cuán lejos, Carlos venturoso, agora
 De la impiedad de la ignorante gente
 Y los sucesos de la vida humana,
 Sin noche, sin mañana,
 Sin vejez siempre enferma,
 Que hasta el dueño fastidia,
 Sin que la fiera envidia
 De la virtud á los umbrales duerma,
 Del tiempo triunfaréis, porque no alcanza
 Donde cierran la puerta á la esperanza!

Dado el carácter hondamente afectivo de Lope, se comprende lo mucho que tuvo que sufrir y las terribles complicaciones en que se vió envuelto durante su larga vida. Su poderosa inteligencia, nutrida

con las altas enseñanzas de una filosofía trascendental, empapada en los severos principios de la fe cristiana, no fué escudo bastante fuerte que le pusiese en seguro de las debilidades y flaquezas humanas. Compréndese igualmente hasta dónde llegaría el dolor de aquella alma que podía sondear toda la profundidad del abismo á que alguna vez fué arrastrado por esa ilusión encantadora, que embriaga los sentidos, ofusca la mente y no respeta á los mismos ascetas que tocan ya los lindes de la santidad. El sér privilegiado, á quien su genio le ponía por tan encima del vulgo, pagó su tributo á la miseria humana, como si quisiera dar una prueba de que no estaba libre del anatema que pesa sobre nuestro desheredado linaje. Pero si la falta moral, que fué seguida de dolorosísima expiación, nos obliga á compadecer á la víctima, sentimos á la vez una atracción irresistible que nos identifica con los sufrimientos de aquella grande alma, entrevistos bajo el velo trasparente de inmortales creaciones.

Tan grandes infortunios apresuraron el fin de su preciosa vida, pues como dice discretamente en la *Fama Póstuma* su amigo Motalbán: «No se fiaba de su salud, con ser tan buena, porque sabía que cualquiera enfermedad tiene más peligro en los hombres muy sanos que en los muy achacosos. Fuera de que había tenido de un año á esta parte dos disgustos (como si para una vida no bastase uno) que le tenían rendido á una continua pasión melancólica, que ahora nuevamente se llama hipocondría.»

Una de las dotes del verdadero mérito es la modestia, no esa máscara grotesca con que se encubren la vanidad y el orgullo para provocar el aplauso de la adulación, sino el sentimiento de la propia deficiencia ante la desproporción entre la fuerza de que se dispone y el bello ideal que impulsa el trabajo del artista y del sabio. Si un espíritu serio y reflexivo busca sobre los halagos de la fama vocinglería la satisfacción de sí mismo, en el convencimiento de haber llegado á la meta deseada, presto palpa que entre la idea y su realización media un abismo inconmensurable que ningún esfuerzo podrá salvar, faltando por lo mismo la base en que fundar la satisfacción á que en vano se aspira. Pero el conocimiento de tan dura verdad sólo es concedido á ciertas almas que por una reacción muy natural reconcentran sus miradas no ya en lo que han producido, sino en el campo inmenso que se extiende más allá, y cuyos secretos jamás podrá penetrar la inteligencia humana. ¿Y qué antídoto puede ofrecerse más eficaz contra la soberbia hinchazón del amor propio, que se absorbe en la contemplación de su propia obra, sin reflexionar que cuanto logra producir el hombre adolece de un mal necesario, inherente á toda naturaleza finita? Por el contrario, el sentimiento de la propia limitación, corta las alas de ese orgullo insensato, poniendo en su lugar la humildad filosófica que constituye la verdadera modestia.

Pocos son ciertamente los que pueden abrigar legítima satisfacción, no tanto por lo que han hecho,

sino por el celo con que han correspondido á la vocación de su destino, y Lope es uno de ellos. La prodigiosa multitud de sus obras, la inagotable fecundidad que no le abandonó un solo instante desde los primeros años hasta tocar el fin de su carrera, los dilatados horizontes que abrió al genio español, emancipándole de las ligas tradicionales y dando vida y calor á los gérmenes de la civilización moderna, no pudieron menos que despertar la admiración, el asombro de las multitudes que le aplicaron los epítetos más encomiásticos á ningún otro concedidos. Y sin embargo, aunque no desconocía la importancia y trascendencia de su labor, como lo expresa con amable ingenuidad en su Egloga á Claudio, llega un momento en que al tocar la última etapa, echa una melancólica ojeada retrospectiva sobre el enorme cúmulo de sus creaciones, é imaginándose que aun podría producir más y mejor, reconoce con amargura que las fuerzas le faltan, y que le es preciso dejar trunca la tarea formidable que ha consumido sus mejores años, cortándola en el momento en que creía empezar.

Pasan las horas de la edad florida,
Como suele escribir renglón de fuego
Cometa por los aires encendida.

Viene la edad mayor, y viene luego,
Tal es su brevedad, y finalmente
Pone templanza el varonil sosiego.

Mas cuando un hombre de sí mismo siente
Que sabe alguna cosa, y que podría
Comenzar á escribir más cuerdamente,

Ya se acaba la edad, y ya se enfría
La sangre, el gusto, y la salud padece
Avisos varios que la muerte envía.

De suerte que la edad, cuando florece,
No sabe aquello que adquirió pasando,
Y cuando supo más, desaparece.

¡Oh quién pudiera recoger, rasgando,
Tanto escrito papel, pues cuando un hombre
Comenzara mejor está acabando!

Los triunfos que alcanzó, las distinciones honoríficas que recibió de encumbrados personajes, la popularidad entusiasta que le siguió más allá de la tumba, y el aplauso con que fué saludado su nombre en todas las naciones civilizadas, forman una página brillante en la historia de la Literatura Española. Véase como se expresa Montalbán sobre este punto. . . . «fué nuestro insigne Lope de Vega el más favorecido y festejado de todo género de personas que nació en el mundo. Porque no hubo legado de su Santidad, príncipe de Italia, cardenal de Roma, grande de España, nuncio del Pontífice, embajador de reino, título de Castilla, gobernador, obispo, dignidad, religioso, caballero, ministro ni hombre de letras, que no le buscase y le diese su lado y mesa en reconocimiento preciso de tan altas prendas. Las reales majestades católicas siempre que le encontraban, como á hombre superior á los otros, le miraban con más atención; y nuestro santísimo padre Urbano VIII, que hoy vive, y viva eternos siglos, ya que no pudo verle por la distancia, quiso comunicarle por la pluma, escribiéndole de su mano una carta muy amo-

rosa y favorable, y dándole el hábito de San Juan con título de doctor en teología. No hay villa, ciudad, provincia, señorío ó reino que no haya solicitado su correspondencia. No hay casa de hombre curioso que no tenga su retrato, ó ya en papel, ó ya en lámina, ó ya en lienzo. Enseñábanle en Madrid á los forasteros como en otras partes un templo, un palacio y un edificio. Ibanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle, y echábanle bendiciones las mujeres cuando le veían desde las ventanas. Hicieronle costosos presentes personas que sólo le conocían por el nombre. Escribiéronle varios elogios en su alabanza muchos varones graves sin haberle visto, y laureáronle en Roma por solo, por único, por raro y por eminentísimo, sin haber día ni hora que no tuviere ocasión alguna para su desvanecimiento, á no ser tan humilde como prudente y tan desconfiado como modesto.»

Y sin embargo, este brillante cuadro de tan extraordinaria glorificación tiene un triste reverso de abatimiento y desencanto. El suave estoicismo de Lope que le inclinaba á huir del bullicio social para encerrarse en la dulce soledad de su estudio; el altísimo concepto de la dignidad poética que le hacía rebajar el valor de su propia obra, y el lugar superior en que le había colocado su genio por todos reconocido, no consiguieron labrarle una coraza bastante sólida que le hiciese invulnerable á los tiros envenenados de la envidia, de la calumnia, de todas esas pasiones malsanas que atacan en tropel á los triun-

fadores del pensamiento. La luminosa notoriedad de esos seres escogidos, es suficiente para provocar la malevolencia de los que ven en las glorias ajenas algo que estorba á sus aspiraciones ambiciosas, y ya que no les es posible derribar al gigante, se contentan con poner una gota de acíbar en la copa que la fama acerca á los labios de su hijo predilecto. Si la poderosa energía de Lope en nada padeció menoscabo por las malas artes de sus enemigos, en cambio sí pudieron éstos lastimarle, dejando en lo íntimo de su corazón el hondo sufrimiento que produce la injuria inmerecida.

Así, puede decirse que si la serenidad de aquel noble espíritu jamás se turbó seriamente, no por eso escapó á esas crisis nebulosas de debilidad y desaliento, como de ello nos da una muestra en el siguiente pasaje de la carta que dirigió á su hijo Lope al dedicarle la comedia intitulada «*El verdadero amante*:» «y si por vuestra desdicha vuestra sangre os inclina á hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os puede distraer de lo importante, y no os dará provecho. Tened en esto templanza; no sepáis versos de memoria, ni los digáis á nadie; que mientras menos tuviéredes desto, tendréis más de opinión y de juicio; y en esta materia, y lo que os importa seguir vuestros estudios sin esta rémora, no busquéis, Lope, ejemplo más que el mío, pues aunque viváis muchos años no llegaréis á hacer á los señores de vuestra patria tantos servicios como yo,